

dar ocasion á su vanagloria y á su envanecimiento , sino es ya que se vanaglorie y se envanezca de ser el autor del mal , del pecado y del desórden. Si el hombre vé , otro le abre los ojos ; y el que se los abre , se los ha dado : si entiende , otro le despeja el entendimiento ; y el que se le despeja , se le ha dado : si practica la virtud , otro le inspira el deseo de practicarla , y se la pone delante ; y el que se la pone delante , y le inspira el deseo de practicarla , ese se la ha dado. Dios es el autor de todo bien ; asi del que está en nosotros , como del que está fuera de nosotros. Dios habla por los profetas , resiste por los mártires , vence por los guerreros , enseña por los maestros , conquista por los conquistadores , edifica por sus santos. Testimonio insigne de esta verdad son sus Santas Escrituras , accesibles para los humildes , inaccesibles para los orgullosos ; piedra de escándalo para los soberbios , pasto succulento y sabroso para los pobres de espíritu.

---

3.<sup>o</sup>

DEL LIBRE ALBEDRÍO Y DE LA GRACIA, ANTES Y DESPUES DEL PECADO.

---

Al llegar aquí , tocamos á las puertas de un gran misterio , á un mismo tiempo clarísimo y oscurísimo ; y tan cercado de escollos , que á poco que la planta se resbale , va á dar con el entendimiento en un abismo profundo ; porque , por una parte , la exageracion del libre albedrío viene á ser la negacion absoluta de aquella gracia misteriosa con que Dios nos solicita y atrae ; y por otra , la exageracion de la gracia viene á ser la negacion de aquel libre albedrío con que movemos nuestra voluntad y determinamos nuestras acciones. Una y otra exageracion han sido causa de graves altercados y de contiendas ruidosas , y de heregías lamentables ; habiendo sido este altísimo negocio asunto de honda y constante meditacion por parte de los mas graves doctores y de los ingenios

mas penetrantes y sutiles. Y aunque las cuestiones puramente teológicas, consideradas en sí mismas, son sobre nuestras fuerzas, y ajenas de nuestro propósito, pero la grande luz que derraman sobre la naturaleza recóndita del hombre, principalísimo objeto de la historia, no nos permite, aunque lo intentáramos, guardar acerca de ellas un silencio absoluto. Persuadidos, sin embargo, á que en materias tan escabrosas debemos ser cuidadosamente sóbrios, entraremos en esta cuestion muy de corrida, diciendo algo solamente, y solo lo que baste, de lo mucho que sobre ella pudiera decirse, y penetrando en el recinto de este grave misterio con pasos temerosos y atentados.

Y ante todas cosas, nos parece que así los que á fuerza de exagerar la gracia niegan el libre albedrío, como los que á fuerza de ensanchar los límites del libre albedrío niegan la gracia, no solo destruyen lo que niegan, sino tambien lo que afirman: siendo tal la fuerza y la índole de este argumento, que una vez demostrado, habrá de seguirse de él la consecuencia rigorosa, de que es forzoso elegir entre la afirmacion simultánea del libre albedrío y de la gracia, y la simultánea negacion de la gracia y del libre albedrío. Puesta la cuestion en este punto de vista, la eleccion no puede ser dudosa, si se atiende á que son muchos los que aceptan simultáneamente las dos afirmaciones; pocos los que aceptan una y niegan otra: y á que no hay ninguno que acepte como suyas las dos negaciones simultáneas: cosa, sin embargo, que, si nuestro argumento procede, seria necesaria de todo punto, para que una de las dos negaciones fuese valedera.

Y en primer lugar, cuando afirmais la gracia, y negais el libre albedrío, negais tambien la gracia virtualmente: porque sin el libre albedrío, ¿cuál seria el objeto, cuál la razon de existencia de la gracia? Si el hombre no es ni responsable ni libre, no podeis sustraerle, sin una inconsecuencia monstruosa, de la jurisdiccion de aquellas leyes inflexibles á que la creacion física vive sujeta: si el hombre no es libre, luego al punto cae por su propia gravitacion en el círculo inmenso de las causas permanentes y de los efectos inevitables. Si cae en ese círculo, debajo de la jurisdiccion de esas

leyes ¿cómo se concibe la gracia? Si el hombre es, bajo un punto de vista, un efecto inevitable de causas permanentes, y bajo otro punto de vista, una causa permanente de efectos inevitables, la gracia no puede ser un movimiento actual y variable de la voluntad divina, sino una ley inflexible, puesta por Dios desde el principio del mundo como la causa permanente de las acciones del hombre: y en ese caso ¿en qué se diferencia la gracia de las otras leyes físicas, que rigen desde el principio todas las cosas corpóreas? ¿Y quién no ve que despojar á la gracia de aquello que la distingue de las leyes físicas, viene á ser aniquilarla; como quiera que si no tiene nada en sí que la distinga de esas leyes, no puede ser otra cosa sino una ley física del mundo? Y si, por una parte, la gracia no es un fenómeno del orden físico; y por otra, el hombre no es un agente responsable y libre, ¿por qué razon la ley que ordena los movimientos del hombre lleva una denominacion distinta de aquella otra por la cual se ordenan los movimientos de las bestias? Si son una misma cosa ¿por qué razon llevan distintas denominaciones? y si no son una misma cosa, ¿en qué se diferencian? ¿Se diferencian entre sí por su naturaleza intrínseca? ¿Cómo se diferenciarían entre sí por su naturaleza intrínseca, siendo una y otra eternas, invariables é inflexibles? ¿Se diferenciarán entre sí por su manera de accion? ¿Cómo se diferenciarían en su manera de obrar, obrando ambas irresistiblemente? ¿Se diferenciarán entre sí por los objetos á que se aplican? ¿Cómo se diferenciarían entre sí por razon de su objeto, obrando ambas sobre objetos incapaces de libertad, de responsabilidad y de resistencia? Y si conservando á la gracia su índole propia, se afirmase de ella que es un fenómeno del orden moral, y por lo mismo, diferente de aquellas leyes por las que se rigen las bestias; siendo, como lo es, esta afirmacion verdadera, no serviria para otra cosa sino para hacer mas patente el absurdo de la negacion del libre albedrío del hombre: porque si, por una parte, se pone á la gracia fuera del orden físico; y por otra, al hombre fuera del orden moral, ó se ha de conceder que la gracia no ha sido hecha para el hombre, ni el hombre para la gracia; ó se ha de caer forzosamente en la implicacion de términos. Luego, afirmar es-

plicitamente la gracia divina, es afirmar implícitamente el libre albedrío del hombre: y negar explícitamente el libre albedrío del hombre, es negar implícitamente la gracia divina; como quiera que el libre albedrío es el supuesto de la gracia.

En segundo lugar, cuando afirmáis el libre albedrío, y negáis la gracia, negáis también virtualmente el libre albedrío del hombre. En efecto: negada la gracia, que no es otra cosa sino la sollicitacion divina cuando obra en la voluntad humana, ó habeis de suponer en la voluntad del hombre otra sollicitacion que no venga de lo alto, ó habeis de afirmar que la voluntad humana se determina á la accion y se mueve sin sollicitacion ninguna: en uno y en otro caso, dais al traste necesariamente con aquello mismo que afirmáis, haciendo de todo punto imposible el libre albedrío del hombre.

En la primera suposicion, siendo Dios el autor de todo bien, y no habiendo ninguno que esté fuera de Dios; cuando afirmáis sollicitaciones que todas ellas vienen á la voluntad del hombre de otra parte que de la voluntad divina, vuestra afirmacion se reduce, por una parte, á suprimir de todo punto lo que nos sollicita á lo bueno; y por otra, á no afirmar sino sollicitaciones que todas nos inclinan á lo malo: de donde se sigue, lo primero, que no habiendo sollicitacion sino en sentido del mal, el libre albedrío, tal como ha sido dado al hombre, es decir, con la imperfeccion que consiste en la facultad de escojer entre el mal y el bien, es radicalmente imposible: lo segundo, que no estando neutralizada la sollicitacion hácia el mal por la sollicitacion hácia el bien, el mal lo domina todo con una dominacion necesaria: y lo tercero, que habiendo de ser el bien vencido forzosamente, y no pudiendo serlo Dios, Dios no es el bien: de donde se sigue, que os poneis entre dos blasfemias y entre dos absurdos; como quiera que teneis que caer en el absurdo y la blasfemia de confesar un Dios vencido, ó en la blasfemia y en el absurdo de afirmar que Dios existe, pero que es el diablo, porque es el mal.

En la segunda suposicion, el libre albedrío del hombre es más imposible todavía: lo cual se verá claro si se considera que, suprimidas de una vez todas las sollicitaciones, así las que nos incli-

nan al bien, como las que nos inclinan al mal; así las que vienen de Dios, como las que vienen de otra parte, toda determinacion de la voluntad es inconcebible y absurda. En primer lugar, esa supresion no podria verificarse sin el aniquilamiento preliminar de todo lo que nos rodea, ó sin el aniquilamiento de los sentidos, por donde se comunican con el alma las sollicitaciones que los cuerpos exteriores nos envian: en segundo lugar, seria necesario suprimir el entendimiento, como quiera que estamos sollicitados por él continuamente. Y cuando despues de haber aniquilado al mundo, y nuestro entendimiento y nuestros sentidos, fuéramos á palpar á esa esfinge con libertad sin entendimiento, y con existencia fisica sin sentidos, todavía se nos resbalaria de las manos, como una sombra impalpable; porque suponer libertad sin sollicitacion que la mueva, es suponer movimiento sin motor, accion sin agente, determinacion sin motivo determinante, efecto sin causa; lo cual es radical y soberanamente absurdo. Luego, afirmar el libre albedrío y negar la gracia es afirmar lo que no puede existir sin lo que se niega, y negar lo que forzosamente existe, si existe lo que se afirma. Luego, el libre albedrío y la gracia son términos necesarios de una misma proposicion, de la cual nada puede afirmarse ó negarse, que no se niegue ó se afirme de los términos que en ella se juntan de una manera indisoluble.

Síguese de todo lo dicho, que aquellos que estarian dispuestos á afirmar el libre albedrío, si no les saliera al encuentro como un obstáculo la gracia; y aquellos otros que afirmarían la gracia si no se interpusiera el libre albedrío entre su afirmacion y su entendimiento, proceden al revés en su discurso, y caen en contradiccion manifiesta, dando á lo indisoluble los atributos de lo inconciliable, y poniendo una contradiccion entre dos términos reductibles entre sí hasta el punto de significar ambos una cosa misma.

Por lo que hace á aquellos otros que negando á un tiempo mismo la gracia y el libre albedrío, niegan á Dios y niegan al hombre, no hay para qué ocuparnos de ellos aquí, escribiéndose esta obra como se escribe, para los que no han perdido toda noticia de aquel altísimo Señor, que con su infinito poder crió á todas las criaturas,

y que con su providencia infinita gobierna todas las cosas humanas.

Puesto siempre el hombre en medio de la corriente de diversas sollicitaciones, es libre siempre: pero puede serlo en diversos grados y en diversa forma. En el estado de gracia santificante, era el hombre libre con una libertad perfecta; porque la perfeccion de la libertad está, por una parte, en la potestad soberana de escoger, y por otra, en la potestad soberana de ejecutar: de manera que cuando prefiero el bien, y hago el bien que prefiero, soy completamente libre: siendo necesario advertir aquí, para la inteligencia de la doctrina que vamos asentando, que en toda operacion completa de la voluntad hay dos diferentes especies de batallas, que no deben confundirse: puede batallar el hombre, y batalla siempre para escojer entre diversas sollicitaciones; y en este combate consiste radicalmente su libertad: y si despues de haber batallado para elegir, y despues de haber elegido, ejecuta sin más batalla ni combate el acto de su eleccion, el hombre es perfectamente libre; pero si sucede al revés, es decir, si despues de haber batallado para escoger, y despues de haber escogido, siente levantarse dentro de sí fuerzas desordenadas, tumultuosas y rebeldes, que se interponen entre su accion de escoger y la que va á completarla ejecutando lo escogido, entonces el hombre, sin dejar de ser libre hasta cierto punto, porque tuvo la facultad de escoger, no teniendo al mismo tiempo la de ejecutar, no puede decirse perfectamente libre, porque no es absolutamente soberano.

Aplicando estos principios al caso presente, se ve clara la diferencia que hay entre el libre albedrío del hombre en su estado de inocencia, y su libre albedrío despues del pecado. En el primero de estos estados, conocedor el hombre del bien y del mal moral, aunque no del bien y del mal físico, pudiendo escoger el mal, escogía el bien, ayudado de la gracia: y en este escogimiento consistía á un tiempo mismo su libertad y su combate; pero una vez escogido el bien, su voluntad le ejecutaba sin resistencia y sin obstáculos. Porque combatía para escoger, era libre: y por que no combatía para ejecutar lo escogido, lo era de una manera perfecta: es decir, de una manera soberana.

Cuando caido el hombre en la tentacion, perdió con su inocencia la plenitud de la gracia, luego al punto sintió alterarse profunda y radicalmente aquella omnimoda soberanía que habia ejercido sin resistencia sobre sí propio y sobre todas las cosas creadas.

Levantado su espíritu contra Dios, su carne se levantó contra su espíritu.

Soberana la carne de su espíritu, fué esclava de la muerte.

La muerte fué señora del hombre.

Antes del pecado, el espíritu y la carne, el hombre y la naturaleza eran unos en Dios: des-unido el espíritu de Dios, se des-unieron del espíritu todas estas cosas: des-unidas, se hicieron independientes: siendo independientes, el espíritu dejó de ser soberano: dejando de ser soberano, dejó de ser obedecido: dejando de ser obedecido de todas las cosas, y no queriendo obedecer á ninguna, cayó en un estado de guerra permanente:

—Guerra con Dios para sustraerse de sus iras.

—Guerra con sus pasiones para ponerlas un freno.

—Guerra con la carne para sustraerse á sus antojos.

—Guerra con los animales para sujetarlos á su yugo.

—Guerra con la naturaleza para ponerla á su servicio.

—Guerra con la muerte para no caer en su mano.

Esta alteracion profunda en su soberanía llevó necesariamente consigo otra análoga en su libertad. No perdió su libre albedrío del todo, como quiera que conservó la potestad de escoger entre las inspiraciones diabólicas y las inspiraciones divinas: pero su libertad dejó de ser perfecta en el instante mismo en que su voluntad dejó de ser de todo punto soberana: y esto por una razon muy sencilla: porque no le bastaba ya, como en su estado de inocencia, escojer el bien para hacerle, sino que, por el contrario, se le amenguó de súbito su potestad de ejecutar lo escogido, viendo levantada contra la ley de su espíritu la ley de su carne: siendo permision divina que el que quiso vivir suelto de toda ley, viviese sujeto á dos, y esas contrarias; y que aquel que tuvo en poco obedecer á su Dios, fuese esclavo de sus pasiones.

Salió el hombre sano de las manos de Dios, si bien con la fa-

cultad de enfermar y de perderse por el mal uso de su albedrío: salió enfermo de las manos del pecado, si bien con la facultad de recobrar la salud, ayudado de la gracia: fué libre, así antes como despues de su culpa, si bien con esta diferencia: que despues de su delito, su libertad enfermó, así como habia enfermado su alma; mientras que antes de su prevaricacion, fué sana y perfecta, así como su espíritu era perfecto y sano. La ayuda de Dios en su estado de inocencia, fué habitual en su estado de culpa intermitente: y como quiera que la gracia divina es una condicion necesaria de la libertad humana, síguese de aquí, que el hombre, en el estado de inocencia, fué habitual, y en el de culpa, intermitentemente libre.

Dos, pues, fueron las causas del amenguamiento de la libertad en el hombre: su rebeldía contra la ley de Dios, por la cual quedó sujeto á dos leyes contrarias, la de su espíritu y la de su carne; y la pérdida de aquella gracia perfecta que le habia otorgado Dios antes de su rebeldía.

La intermitencia de la gracia amenguó su potestad de escojer.

La rebelion de la carne le cercenó la potestad de ejecutar.

Con su inocencia coexistió la gracia santificante: con la gracia santificante una libertad perfecta: con su culpa coexistió la gracia intermitente: con la intermitencia de la gracia, una libertad imperfectísima.

Flaco en su voluntad y pobre en su entendimiento, el hombre, que en su estado de inocencia cuasi tocaba con su alteza aquellos soberanos espíritus que viven en Dios por Dios y para Dios en sus celestiales moradas, perdió instantáneamente, despues de su prevaricacion, aquella unidad y órden y concierto y hermosura, que en él resplandecian; y astro eclipsado, y ángel oscurecido, cayó en aquel estado ilógico en que le vemos hoy, compuesto lamentable de absurdas contradicciones; lleno de pequeñez y de grandeza, capaz de remontarse con alas sublimes hasta Dios, y de abatirse bajo el peso de sus groseros instintos á todas las vilezas de la carne; iluminado ahora con divinos resplandores, y oscurecido el rostro despues con sombras de muerte; con su pensamiento en la tierra, y un pié en el abismo y otro en el cielo; rey cuando obedece, esclavo

cuando manda, oscilando con perpétua oscilacion entre el bien y el mal, entre su Dios que le solicita y el demonio que le tienta, entre la humildad sencilla y el orgullo rebelde, entre lo temporal y lo eterno; capaz de serlo todo siempre, é ignorante siempre de lo que será, de tal manera que no sabe si hoy será un guerrero, mañana un filósofo, primero un anacoreta, despues un bandido, ahora parricida, luego santo, en la hora que pasa un gran repúblico, en la que va á pasar un rebelde, en la que viene despues un traidor, á la mañana juez, al medio dia verdugo, mártir á la tarde, víctima á la noche; si ocupará una celda, un patíbulo ó un trono; si los impetuosos vientos que le llevan, le llevarán al Septentrion ó al Mediodia, á donde nace la aurora ó á donde se oculta el sol; si tendrá la vida de los patriarcas ó la de la flor de los campos; si un mal pensamiento en su último minuto vendrá á esterilizar su vida penitente, ó si una aspiracion inmensa de caridad y de amor vendrá en sus postrimerias á pasar la esponja de la gracia sobre su vida pecadora.

El hombre no sabe quién es el justo y quién es el réprobo. Pues qué! ¿No fué réprobo un ángel, y justo un ladron? El hombre no sabe en qué consiste la gloria y en qué está la ignominia. ¡Pues qué! El hijo de Dios hecho hombre ¿no puso la ignominia en la sinagoga, y la gloria en un cadalso? ¿Qué era la Magdalena á los ojos de Dios, y qué fué á los de las gentes? ¿Dónde está la prudencia, y dónde la locura? El mundo se tuvo por prudente, y á los seguidores de Cristo llamó locos. ¿Dónde está la sabiduría, y dónde la vanidad? El mundo vano llamó sabiduría á sus vanidades, y el Rey sapientísimo llamó vanidad á la sabiduría. ¿En qué consiste la fortuna, y en qué la desgracia, desde que la prosperidad es amiga de la soberbia, y la resignacion santificante compañera de las tribulaciones?

¡Oh, y cuán otro es el hombre, y cuán mudado de aquel que puso Dios en un jardin de deleites, vestido de inocencia, coronado con la resplandeciente corona de la gracia, puesto su entendimiento en el entendimiento divino, su voluntad en la voluntad soberana, su espíritu en aquel espíritu puro, obedientes sus carnes, arrenda-

das sus pasiones, señor de tan vastos dominios, que era rey de los continentes, rey de los mares, rey de las islas y rey de las criaturas!

¿Y quién será tan ciego ó tan loco, que buscando la causa de lo que es, la encuentre en Dios; y que indagando la razon de lo que fué, la halle en el hombre?

---

6.º

DE LA CARIDAD.

---

El catolicismo, escarnecido y vilipendiado hoy por no sé qué sectarios oscuros y feroces en nombre de los hambrientos, es la religion de los que padecen hambre. El catolicismo, combatido hoy en nombre de los proletarios, es la religion de los pobres y los menesterosos. El catolicismo, combatido en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, es la religion de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad humana. El catolicismo, combatido en nombre de no sé cuál religion misericordiosa y amante, es la religion del perfecto amor y de las sublimes misericordias.

Por eso, en aquella maravillosa vision que tuvo Moisés en el Monte, como el SEÑOR bajase á él en un trono de nubes, entre las grandes perfecciones divinas que allí le fueron descubiertas, nin-